CARTA

AL

ILMO. SR. OBISPO DE CÁDIZ,

CON MOTIVO

DE LA CONSAGRACION DEL TABERNÁCULO

DE LA STA. IGLESIA CATEDRAL,

EL DIA 20 DE SETIEMBRE DE 1866.

Al Ylmo. Sr. D. Félix María de Arriete y Llano, Obispo de Cádiz y Algeciras.

MI VENERADO Y QUERIDO PASTOR:

Aun resuenan en mis oidos aquellas palabras proferidas por V. I. despues de la solemne consagracion del Tabernáculo de la Sta. Iglesia Catedral, aquellas palabras tan afectuosamente atractivas, tan verdadera y amorosamente sublimes y con tan tierna y sencilla humildad expresadas.

Dos dias son pasados y esos dos no hubieran trascurrido sin que estuviera en manos de V. I. esta carta, á haber podido trasladar al papel mis pensamientos con la facilidad feliz que los de V. I. se imprimieron en mi alma.

Preguntará V. I. qué causas me impulsan poderosamente á trazar este escrito con tanta rapidez y con tal vehemencia. Una sola, Ilmo. Sr.: una sola. La satisfaccion de no callar lo que siento.

He presenciado un espectáculo grande y con-

movedor: el mas conmovedor y grande que han alcanzado mis ojos en los años de mi razon, y que con ingénua y terrible verdad ha hablado á mi entendimiento para toda mi vida.

Admiré á V. I. cuando en recordacion de sus agradables nombres, proclamó V. I. que los dos Prelados, esclarecidos antecesores de V. I., descendieron al sepulcro con los deseos de erigir el Tabernáculo: que allí bajo las bóvedas sobre el que éste se levanta, están durmiendo en el Señor y esperando el gran juicio; y que de allí, cuando las fuertes columnas del templo, cuando la soberbia mole de sus techumbres, y cuando el suntuoso Tabernáculo, recien consagrado, caigan en ruinas, entonces se alzarán los dos Pontífices con sus insignias pastorales, y ascenderán á los cielos para recibir el premio de sus virtudes y celosísimo amor por la explendidez del culto que se tributa al Dios de nuestros mayores. ¡Pintura no menos fiel que tremenda, propia, en fin, de quien, cual V. I., conoce que fuera de Dios nada grande existe, porque todo lo grande del mundo nada es!

Admiré á V. I. cuando, al dirigir su vista y diestra á uno de los arcos del templo, lo señaló á los fieles con la dulce memoria de que veintiocho años antes, siendo un pobre religioso, recien exclaustrado, estuvo presente á la consagracion del templo mismo por aquel insigne Prelado, cuyos merecimientos eran de un valor infinito, que logró terminar la Iglesia enmedio de la turbacion de

los tiempos, cuando se hallaba triste la fé, muerta al parecer la caridad, derribada la justicia, viva la torpeza, la soberbia entronizada, cual acontece en los primeros años de las grandes revoluciones de los pueblos, y cuando, en fin, al paso que considerábamos su empresa imposible, la vimos acabada.

Admiré á V. I. cuando todavia ageno del deseo de dignidad y de ambicion, cual siempre, se quejaba de que le hubiesen impelido irresistiblemente á aceptar aquel Episcopado que veneró en sus predecesores; cuando nos recordaba que testigo de aquella augusta ceremonia, no pudo en su humildad verídica imaginar que era el llamado á repetirla, cuando el grande Tabernáculo marmóreo, correspondiente á la suntuosidad del templo, sustituyese al sencillo en que se expuso á la adoracion del pueblo la Magestad Divina por vez primera.

Admiré tambien á V. I. cuando explicó á los fieles toda la sublimidad espiritual de las ceremonias de la consagracion, haciendo que las mentes mas y mas se eleváran á donde mora el término de toda esperanza y el cumplimiento de todo bien.

Mas si tanta y tal admiracion causaron en mí estos cristianos, tiernos y elocuentes pensamientos, otro dejó conmocion mayor aun en mi espíritu. Y es porque él revela una desdicha que devora, no á Cádiz sola, al universo entero: esta desdicha es el olvido de la filosofía del cristianismo, es el olvido inconside-

rado de las enseñanzas y de las tradiciones seculares de la Iglesia: es el gentilismo, en nueva forma, encarnado dentro de las modernas y cristianas sociedades.

He visto en ese dia al Pontífice gaditano desde su Sede y rodeado de su Cabildo, detrás de sí el Tabernáculo, alumbrado profusamente, y en la coronacion del Tabernáculo mismo las imágenes de ocho Doctores de la Iglesia, imágenes de varones de aventajado espíritu, de rara prudencia y de celestial doctrina; cuadro digno del pincel de Rafael de Urbino ó de Miguel Angel. Parecia como que aquellas blancas figuras eran como las sombras de los que fueron, y que revestidas con el color de la mas santa pureza nos decian: «Aquí veis «quién es la proteccion de toda virtud, en «quien se mira renovada la caridad apostólica «y de corazon imitada la humildad de Jesucris«to: aquí teneis aquel en quien la discrecion es «la vara que hiere, y el consuelo el báculo con «que sostiene: este es aquel en quien los he«chos corresponden al nombre de Obispo: éste «quien posee el arte de las artes, el de regir «las almas: éste quien en cuanto emprende y en «cuanto habla, es doctrina de sus pueblos: «éste, en fin, padre y no señor del Obispado, «ejemplo de justicia, espejo de santidad, de«fensor de la fé, el amigo y refugio de los po«bres, el tutor de los desvalidos y la gloria y «el premio de los buenos:» pensamientos esparcidos en las obras de aquellos Santos Doctores, y que forman el modelo de un buen Prelado.

Y al oir de los labios de V. I. «Este Ta-«bernáculo que veis aquí, aunque parece con-«cluido, no lo está. Por los donativos de S. M. «la Reina, de mi Cabildo, del Municipio y de «muchos fieles, ya pudiera su costo haber sido «satisfecho al artista: la quiebra de una So-«ciedad de crédito, la depreciacion de los bi-«lletes del Banco, han reducido en mis manos «el valor de las limosnas de mis hijos para «tan santa obra. Necesito pagar en breve «plazo, y no tengo lo que tenia, porque sin «mi voluntad ha desaparecido en gran parte.» ¡Oh palabras tan tristemente ciertas! Aun conociendo sus verdades, llegaba casi á dudar si me enteraba de lo mismo que estaba oyendo!

Un Obispo, incitado del celo de Dios, asistido de su amor al buen nombre de la dignidad pontificia, con alto criterio, en tal oracion, por tan sentidas razones, con tales sentencias, con tan nobles raciocinios pronuncia, exclama y persuade la verdad de la profunda tristeza, de que se halla totalmente poseido.

Recordaba yo á San Agustin cuya imágen resplandecía sobre el Tabernáculo, cuando los vándalos saqueaban ferozmente los pueblos de su Obispado y los haberes de su Iglesia, y se dirigia á los fieles de Hipona para deplorar la conturbacion en que se encontraba, disminuidos los objetos del culto y sin medios para restaurar tantas y tan grandes pérdidas por un pueblo que juntamente las esperimentaba.

Esos eran los males que iban en pos de la barbarie de las gentes que invadieron la cris-

tiandad en los primeros siglos de la Iglesia: esos los que lamentaba el elocuentísimo Doctor San Agustin.

Mas hoy, trascurrida mas de la mitad del siglo décimonono, hemos visto en V. I. á un Prelado con prudente ingenuidad é inofensivas palabras lamentarse de un caso no producido por las impiedades de la guerra. No, seguramente. V. I. sin culpar á nadie se ha venido á presentar á su pueblo, no como una víctima de los ardides de la guerra sino de los ardides de la paz: no como una víctima de los extragos de la barbarie sino de los estragos del refinamiento de la civilizacion del siglo en el uso y el abuso del crédito.

«Ved aquí,» parecian exclamar las imágenes de los Santos Padres «ved aquí el olvido «de nuestras doctrinas; esas doctrinas que «abatieron la filosofía pagana, esas que se en«caminaron á la perfeccion del hombre al ex«planar las del Divino Redentor del mundo: «esas las que se dirigieron á acortar para los «hombres la distancia que media entre la tier«ra y el Cielo. Os aconsejamos evitar el lo«gro torpe y la inmoderacion en el deseo de «las riquezas: os dijimos que el ambicioso de «temporales bienes las mas veces lucra para «perderse. Ese oro que con tanto afan an«helais es el precio de vuestra esclavitud: «Todos los vicios envejecen con uno: la sed «del oro siempre es mas jóven cada dia por «mas que resida en un cuerpo anciano. Vi«vís como mendigos constantemente en la mi-

«seria y en incesante trabajo. Ese amor des«enfrenado á las riquezas, ese insaciable afan «de adquirir, esa agitacion por tener y mas «tener sin término alguno y en quien cifra el «hombre toda su existencia, acaba con él for«zosa ó voluntariamente, rindiéndolo al miedo «ó al dolor. Es la idolatría, no de los simu«lacros sino del oro: no pone el hombre ya «la esperanza en los ídolos sino en el dinero: «ya no teme mutilar el simulacro sino dismi«nuir el tesoro.»

La ciencia llamada *Economía Política*, presentóse artificiosa, humilde, amante de los pueblos y nada invasora: sus extragos infelices en la sociedad van creciendo, al par de la soberbia de sus cultivadores. Ya franca y decididamente se dirige á borrar la enseñanza toda de la cristiana filosofía, decidida y francamente al halago de las pasiones, á la utilidad exagerada é incansable, á la mayor posesion de los bienes caducos y perecederos y al triunfo de la materia sobre el espíritu.

¡Oh triunfos pasajeros y deplorables, triunfos con muchas lágrimas solemnizados, triunfos que aun la humana poesía se resiste á celebrar, y triunfos, en fin, tan solamente dignos de que los canten los espíritus del mal y los cisnes del averno!

Yo recuerdo haber leido en San Bernardo, que á uno de éstos hombres, insaciablemente sedientos por la posesion de mas y mas riquezas, pintaba devorando las arenas del mar, porque en ellas podria encontrar así granos de oro con preciosas piedras.

V. I., víctima del interés del siglo, que ha logrado vestir de razon á la locura, en tal dia ha sido el mas fiel ejemplo del extremo á que llega la inmoderacion por el abuso del crédito, en demanda de riquezas, aunque sean ficticias. La ciencia del siglo es el engaño, el engaño, constituido en ciencia. Sustitúyense á la realidad con el celo del bien de los humanos, la apariencia y la ficcion. La ficcion, la apariencia, revístanse como se quiera con las mas legales, con las mas científicas formas, con las teorías mas sublimes, tienen un término, y ese término es la realidad, tanto mas lamentable, cuanto mas dulces han sido los engaños para la consecucion de las riquezas, inmortal pretension de los desdichados y miserable inquietud de los felices.

En aquel poema de la ciencia humana, el *Fausto*, de Goethe, y permítame V. I. que alegue un autor profano, entre los recuerdos de los pensamientos de los Doctores de la Iglesia, describió poética y acertadamente la invencion del papel-moneda en un estado. De todos sus moradores se apoderó un frenesí de lucro; y lucraron, y creció en prosperidad el pais por pocos años; y pasaron y toda esa prosperidad misma fué aparente y tras ellas siguieron hambres y privaciones y tristezas y lágrimas. Solo hubo un hombre que todo el papel que adquiria se apresuraba á convertir en casas y heredades. Y ese hombre era un loco; pero no lo estaba tanto que no fuese mas cuerdo que los demás grandes dementes, aunque

con crédito de razon, cuando se hallaban en el delirio de la codicia.

Pues bien, ¿cuánto y cuál no será el dolor con que V. I. ha sido escuchado, al contemplarlo su amantísima y dulce grey en tal tribulacion no menos inesperada que inmerecida? Hé aquí los efectos lastimosos de no concordar el hombre las ciencias de sus pasiones con las ciencias de la verdad y del espíritu. Anhelantes de progreso y de bienes materiales, por cuya posesion con miserable inquietud, siempre con trabajo, las mas veces inútil, y con extéril conocimiento de su ser, ignoran que frecuentemente el progresar es retroceder y el retroceder es progresar.

En un acto tan solemne, la Iglesia ha venido á declararse por V. I. herida por el olvido de la doctrina, de la razon y del cristianismo, ¡leccion terrible para el pueblo, enseñanza para la ambicion, desengaño para la falsa ciencia y mas que todo para la vanidad del siglo, el siglo que ya vé hasta en la santidad del Tabernáculo los tremendos efectos de la pasion inmoderada de las riquezas que hoy domina en todas las naciones!

La imágen de San Juan Crisóstomo parecia como que en el instante de proferir V. I. tan sentidas palabras, nos repetía aquella sentencia suya sobre el versículo «Vanidad de vanidades.» «Si lo supiesen los que están en la cumbre de las riquezas, lo escribirian en todas las paredes, en sus ropas, en las plazas, en las casas, en las ventanas, en los átrios y antes que todo, en

sus conciencias, para que siempre teniéndolo ante los ojos, lo sintiesen en sus corazones.»

Tal es la expresion sencilla de lo que ví, de lo que imaginé, de lo que tendré en la memoria cuanto me dure el vivir: tal es lo que traslado á V. I. con la sinceridad franca de un hijo tierno que habla á un cariñoso padre, de quien espera confiadamente siempre enseñanza y perdon.

Al dirigirme á V. I. vacilo al pronunciar el nombre mismo que le doy: si padre cariñoso del espíritu, aun hallo á V. I. superior: si orador elocuente, mas es V. I.: si pastor amoroso de los fieles gaditanos, V. I. lo es; y si reverenciado y querido de todos; ¿quién puede dudarlo?

Sé que V. I. recibirá con tierna benevolencia esta carta: es prenda que resplandece constantemente en V. I. y mas cuando se ejercita en los que tanto han menester de ella y de la de todos, cual es el que esperando la bendicion de V. I., se repite amantísimo hijo

Q. B. S. M.

ADOLFO DE CASTRO.

s/c 22 de Setiembre de 1866.

Imp. de RODRIGUEZ, Verónica 19.